

¿QUE PREGUNTAN LOS NIÑOS?

El mundo de los niños no tiene fronteras, está siempre en pleno descubrimiento.

Ellos son los que más deprisa descubren lo fascinante que es el mundo.

Viven los primeros años de su vida como una flor que se abre ante los rayos del sol en primavera.

En abril del año pasado llegué a España después de haber estado once años como misionero en Chile. Pocos meses después me incorporé a la comunidad comboniana de Moncada, Valencia, para trabajar en la animación misionera por colegios, parroquias y en la delegación de misiones de Valencia.

En noviembre de ese año estuve en Benicarló, Castellón, en una campaña misionera del Servicio Conjunto de Animación Misionera. Entre los dos misioneros del equipo, recorrimos aula a aula todos



los colegios de Benicarló y Peñíscola. Pude constatar que los niños tienen mucho interés por conocer al misionero y el trabajo que hace en los países de misión. Su ingenua curiosidad contrasta con el escepticismo del adulto que, por lo general, no tiene motivaciones de fe en su interés por hacer el bien a personas de otros pueblos remotos.

Los niños se quedaban admirados de los relatos y testimonios que les dábamos. Su interés por conocer la vida del misionero, ese personaje casi mágico para ellos, desbordaba su inquietud y permanecían atentos siguiendo con mucho interés esas cosas que les decía el misionero del que tanto les habían hablado sus profesores los días anteriores.

En el diálogo es cuando más se ve la sinceridad y el deseo de conocer los pormenores de la vida del misionero. Se sabe que los niños dicen siempre la verdad; de la misma forma podríamos decir que los niños siempre quieren saber la verdad de las cosas.

Me impresionó mucho el tipo de preguntas que hacían y lo variado de temas que les interesaban. Alguna pregunta podía causar gracia, pero otras me hacían pensar que el interés del niño de hoy son los verdaderos temas que deberían interesarnos a los adultos.

El niño de hoy se pregunta por qué el misionero ha escogido esa carrera de ir a ayudar a otras personas, muchos preguntaban a qué edad empecé a ser

misionero..., otros preguntaban si los niños de esos países tienen escuelas y cómo eran sus casas... etc. Uno me preguntó por qué no los traíamos en un avión a España y los curábamos aquí. Solamente a mi me causó algo de gracia, a los demás les pareció normal; y es que la franqueza del niño es la expresión del deseo de hacer el bien a todos, de ser solidario con los otros niños.

Muchos me preguntaban por mi familia, si estaban de acuerdo con que yo me hubiera ido de misionero y si no los echaba de menos en un país tan lejos.

A éstas, y a otras muchas preguntas yo siempre traté de serles claro y decirles la verdad de las cosas. En esos diálogos salieron cosas muy interesantes y se quedaban con una idea bastante clara del trabajo del misionero.



Me impresionó mucho en una clase como después de haberles expuesto la dura situación por la que pasan muchos niños, cuando me di cuenta que una niña estaba a punto de llorar. En ese momento pensé que los mayores tenemos una gran responsabilidad en la formación de los hombres del mañana. Pero más me vino a la cabeza esta responsabilidad cuando en

dos clases fui yo el que les pregunté a ellos qué querían ser cuando fueran mayores. No os podéis imaginar la variedad de respuestas que daban.

Muchos escogían la profesión de sus padres; otros, dos profesiones o dos carreras a la vez. Solamente uno en una clase y dos en otra, respondieron que querían ser misioneros.

Me convencí que el ser misioneros hoy y, sobre todo mañana, es un privilegio para poca gente, para aquellos que han comprendido que el hacer el bien al prójimo no tiene fronteras y que está dispuesto a todo.

Valentín García
valensant2000@yahoo.es